

## EL MILAGRO DE LA SEDA

---

Patrimonio de poetas es el dolor y algo así como la raíz de su alma y la medula de su poesía. De poetas es padecer, con refinado y estético sufrir, tornando el daño en provecho y convirtiendo sus propias lacerias en lindas perlas y fragantes rosas. La bellísima imagen—harto reproducida—del sándalo que perfuma a la segur que le hiere, es la más noble y exacta que fantasía humana pudo concebir para retrato y símbolo de poetas.

Quiero contaros, a este propósito, un cuentecillo con dejos de fábula y aires de leyenda que oí de labios del pueblo, sesteando yo un día a la sombra de unas moreras no lejos de un parlero manantial. La frescura del sitio, el rumor del agua, la serenidad de los cielos, el habla sentenciosa de los campesinos trajéronme a la memoria el recuerdo de las antiguas fábulas, siendo grande parte el gusto y provecho de la ingenua narración.

Héla aquí, despojada, al pasar de aquellos labios a los míos, de su puro y sutil aroma de antaño.

### I

Hallábase el pobre Job, aquel desventurado poeta de la Biblia, presa de la maligna enfermedad que las Sagradas Escrituras refieren: taladraban su carne agudos clavos; encendíasele la sangre con la fiebre; huía de sus párpados el sueño, y todos estos males juntaban, para mayor tortura, con tan extremada pobreza, que no consentía, para alivio de ellos, techo ni abrigo, cama ni regalo, sustento ni medicina ni otro alguno de esos consuelos que los enfermos tener suelen. Era su lecho el polvo de la tierra; su medicina una teja rota; su alivio la áspera querella de su dura cónyuge, con todo lo cual fué acabando el triste, pero no con prisa, que fuera más ligero tor-

mento, sino templadamente y poco a poco, para más largo y refinado padecer.

Acordábase el pobrecillo—como es hábito del que sufre traer a la memoria el placer pasado—de toda aquella salud y abundancia del destruído hogar; de sus siete hijos, hermosos como cedros del Líbano, y de sus tres hijas, semejantes a las rosas de Jericó; de sus criados y haciendas; de sus ovejas y camellos; de los banquetes generosos con que en la casa de sus deudos alegró antaño sus días...

Evocaba despues todas las escenas de ruina y de desolación que al presente estado le trajeron, y caíanle, mansas, de los ojos las lágrimas.

Reprendíale su mujer con aspereza, convidándole a estéril desesperación; pero el santísimo poeta volvía al cielo los angustiados ojos, espejos de infinito dolor y de infinita paciencia, y decía aquellas palabras eternas, ungidas por el amor de Dios.... «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré a la tierra; el Señor lo dio y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos....»

## II

Llegaron a esta sazón cuatro amigos al lugar donde Job paraba. Apenas acertaron a verle de tal guisa, con el cuerpo desnudo y lacerado, los ojos llenos de lágrimas, el roto monjil caído y la sucia teja en sus crispados dedos, conocieron con toda su áspera realidad aquel terrible infortunio. Eran estos amigos personas de caridad y aun se cree que fueran reyes. Al alzar la vista y ver a Job poniendo el grito en los cielos, lloraron con fuerza, rasgaron sus vestiduras y esparcieron polvo sobre sus cabezas; y sentáronse en el suelo por siete días y siete noches, y no hablaron palabra; de tal modo

el espectáculo de aquella desventura habíales traspasado el corazón.

Al cabo Job abrió los labios; rompió el silencio y maldijo el día en que nació y la noche en que fue concebido, y deseó para aquella noche obscuridad eterna y muerte y amargura; que no fuese ayuntada a la cuenta de los días y de los años; que permaneciera por siempre solitaria, sin estrellas ni canciones; que en vano esperase la luz y jamás viera abrirse los suaves párpados de la mañana.

Y esto, no por impaciencia ni cólera, como advierte el divino fray Luis de León, sino por aborrecimiento natural de los trabajos de la vida y de su condición miserable, sujeta a tan desastrosos reveses; por donde es mejor morir que vivir y la suerte de los muertos más descansada que la de los vivos. Querellarse no es, al cabo, señal de ánimo impaciente, pues el mismo Jesús, que calló siempre en medio de sus males, quejóse al fin en el último de ellos, diciendo en la Cruz con voz angustiada y triste: «¡Padre mío! ¿Por qué me has desamparado?» Con lo cual se da a entender que el justo, sin exceder la paciencia, puede rogar a Dios, si es servido, que le acabe el dolor con la vida.

## III

Llegó al fin un momento en que harto Job de avivar con la memoria del bien pasado el sentido de la miseria presente y de ahondar en su propio dolor, buscando las raíces de él y toda su negra filosofía; habiendo hecho plática y disputa sus amigos de la desventura que lloraron, hasta remover en el alma de Job todas las dudas, llegó un momento en que apareciéndose Dios a los ojos del lastimado poeta, le enseñó cuán en vano pretendía averiguar las razones de las cosas y penetrar en los divinos juicios; le animó a contender con El sobre la

pasada disputa, y Job, lleno de humildad, se arrepintió de la ligereza y descuido de sus palabras.

Y sucedió entonces, que el Señor comenzó a darle señales de su piedad y a aliviar un poco sus padecimientos.

Uno de los mayores era el calor del sol que durante el día dábale con fuerza y acrecentaba el ardor de la calentura y el picor doloroso de las llagas.

Pero hé aquí que una mañana brotó de aquella tierra, bañada por el llanto del cuitado, un arbolillo forastero de ramas lisas y derechas, cubiertas de recordadas hojas, que fue creciendo con rapidez nunca vista y llegó a cobijar el cuerpo de Job y a refrescarle con su sombra amiga. Las llagas de su cuerpo comenzaron a secarse, y la fiebre a descender de hora en hora, y aquel temblor y angustia y tribulación de su cuerpo y de su alma a convertirse en llanto y salir afuera por los ojos, en provechosas lágrimas, de esas que lavan de paso el corazón y le reparan y consuelan.

Caían las costras que afeaban sus miembros; borrrábanse las hondas cicatrices; volvía la piel a su primer estado, limpia y sana, teñida de un puro color de rosa.

Los gusanos resbalaban y caían como granos de trigo sobre la tierra; deslizábanse por ella, como un hormiguero y se refugiaban en el árbol que prestó sombra y frescura a Job, subiendo hasta las ramas y mordiendo las hojas tiernas salpicadas de rocío....

#### IV

Un día, presto ya Job a recobrar sus hijos, su salud y sus bienes, que habían de venir poco a poco, doblados y engrandecidos por el dolor, holgábase mirando el árbol que tanto le consolara en su pasada aflicción, y.... ¡cuál no sería su sorpresa al ver que aquellos gusanos que de su carne martirizada habían salido, poblaban

ahora el árbol como de gotas de ámbar y menuditos piñones, y que echaban de sus boquitas un hilo sutilísimo y reluciente, parecido a un rayo de sol, con el cual hilo daban vuelta de manera que fabricaban un precioso capullo, donde reía la luz como en una pepita de oro! Y después de un capullo, otro y otro, hasta llenar todas las ramas del arbolillo forastero, que parecía una vid cuajada de dorados racimos.

Job, entonces halló que aquellos racimos eran de un plumón precioso y suave, grato a los ojos y delicioso al tacto, y juzgó que tejiéndole, como el cáñamo y el lino, podían aderezarse opulentas vestiduras y bordados primorosos, que fueran el encanto y la alegría del hombre, y, sobre todo, de la mujer....

Y juró fabricar, en cuanto le fuera dado, una rica túnica, para ponérsela en lugar de la que había roto, y alabó el nombre de Dios que, por el dolor y la paciencia de un hombre solo, dio a todos los hombres el primer capullo de seda....

.....

Talvez algunas de vosotras, lindas y amables lectoras, no supiérais que fue debida al buen Job, a aquel atormentado poeta de la Biblia, el espléndido regalo de la seda.

Sí; de los gusanos que roían su carne nacieron esos otros preciosos gusanos, cuya baba sutil ofrece a vuestros hermosos cuerpos finísima cobertura. Aquellas enconadas landres que picaron su piel, encendiéndola en fiebres y humores, tornáronse como de oro, y destilaron la hebra de seda, semejante a un rayito de sol.

Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimientos de las entrañas y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados, como frutos peregrinos del dolor y de la paciencia....

RICARDO LEON